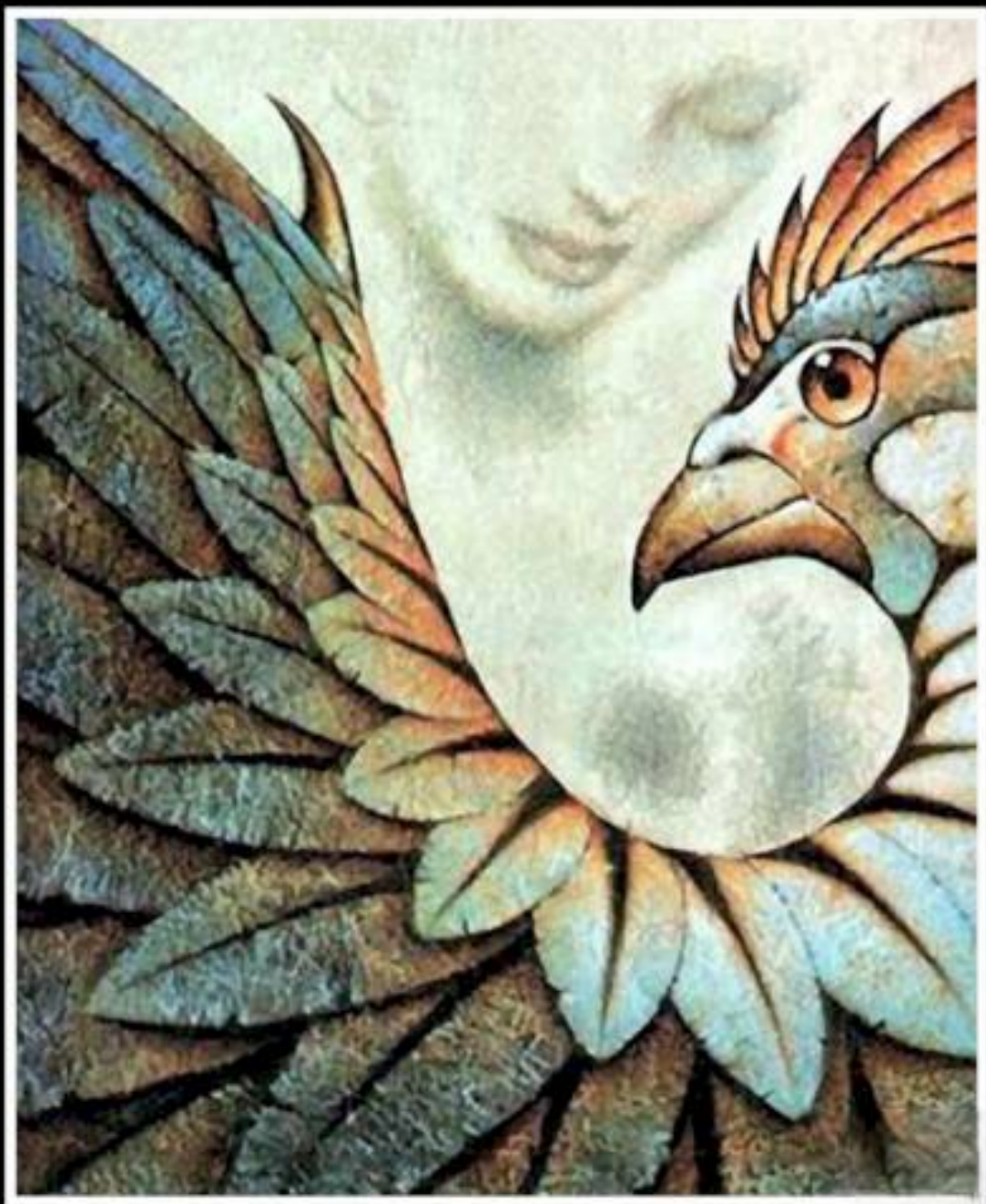


Italo Calvino  
TODAS LAS  
COSMICÓMICAS



«Muchos críticos han definido estos cuentos míos como un nuevo tipo de ficción científica. Ahora bien, yo no tengo nada en contra de la *science-fiction*, de la que soy —como todos— un apasionado y divertido lector, pero me parece que los cuentos de ficción científica están contruidos con un método completamente diferente del de los míos. La primera diferencia, observada por varios críticos, es que la *science-fiction* trata del futuro, mientras que cada uno de mis cuentos se remonta a un pasado remoto, como si remedara un “mito de los orígenes”. Pero no sólo eso [...] Yo quisiera servirme del dato científico como de una carga propulsora para salir de los hábitos de la imaginación y vivir incluso lo cotidiano en los confines más extremos de nuestra experiencia; en cambio me parece que la ficción científica tiende a acercar lo que está lejos, lo que es difícil de imaginar, y que tiende a darle una dimensión realista».

ITALO CALVINO

En este libro se reúnen, por primera vez en un solo volumen, todas las *cosmicómicas*, relatos en los que Calvino, a partir de 1964, asumió el divertido deber de aligerar y hacer visibles los arduos conceptos de la ciencia contemporánea, llegando a crear un género más próximo a los mitos cosmogónicos que a la ciencia-ficción.

## Nota preliminar (1968)

La ciencia contemporánea ya no nos da imágenes que se puedan representar; el mundo que nos abre está más allá de toda imagen posible. Y sin embargo al profano que lee libros científicos (yo por ejemplo soy un profano que se apasiona por la astronomía, la cosmogonía y la cosmología), de vez en cuando una frase le suscita una imagen. He tratado de anotar algunas y desarrollarlas en un cuento: un tipo especial de cuento «cosmicómico».

Muchos críticos han definido estos cuentos míos como un nuevo tipo de ficción científica. Ahora bien, yo no tengo nada en contra de la *science-fiction*, de la que soy —como todos— un apasionado y divertido lector, pero me parece que los cuentos de ficción científica están contruidos con un método completamente diferente del de los míos. La primera diferencia, observada por varios críticos, es que la *science-fiction* trata del futuro, mientras que cada uno de mis cuentos se remonta a un pasado remoto, como si remedara un «mito de los orígenes». Pero no sólo eso: hay también la relación diferente entre datos científicos e invención fantástica. Yo quisiera servirme del dato científico como de una carga propulsora para salir de los hábitos de la imaginación y vivir incluso lo cotidiano en los confines más extremos de nuestra experiencia; en cambio me parece que la ficción científica tiende a acercar lo que está lejos, lo que es difícil de imaginar, y que tiende a darle una dimensión

realista o en todo caso a meterlo en un horizonte de la imaginación que forma parte ya de un hábito aceptado.

En cierto modo el término «cosmicómicas» indica mis intenciones. Combinando en una sola palabra los dos adjetivos *cósmico* y *cómico* he tratado de juntar varias cosas que me importan mucho. Para mí el elemento *cósmico* no responde tanto a la sollicitación de la actualidad «espacial», como al intento de ponerme en relación con algo mucho más antiguo. En el hombre primitivo y en los clásicos el sentimiento *cósmico* era la actitud más natural; en cambio nosotros, para hacer frente a las cosas demasiado grandes y excelsas, necesitamos una pantalla, un filtro, y ésta es la función de lo *cómico*. La expresión «cómico» tiene una historia gloriosa en las antiguas clasificaciones de los estilos de la literatura clásica. Pero no creo haber pensado en esto al llamar «cómicos» a mis cuentos. Tal vez más sencillamente pensaba en las películas «cómicás» del cine mudo, y sobre todo en los cómics o historietas dibujadas en las que un monigote emblemático se encuentra regularmente en situaciones cada vez diferentes pero que siguen un esquema común: es decir, pienso en ejemplos, quizá inigualables, de estilización, de precisión formal.

El protagonista de *Las cosmicómicas* es siempre un personaje, Qfwfq, difícil de definir, porque no se sabe nada de él. Ni siquiera se dice que sea un hombre: probablemente podamos considerarlo tal a partir del momento en que el género humano empieza a existir; resulta más evidente que ha participado largo tiempo de la vida animal (como dinosaurio, entre otras formas). Todavía antes, no se dice nunca claramente quién era y cómo era, sino sólo que era, que estaba allí. ¿Cuántos años tiene? Dado que no hay acontecimiento de hace millones o miles de millones de años al que no haya asistido, hay que calcular que tiene más o menos la edad del universo. Basta que el relato toque de pasada la formación del sistema solar o los cataclismos geológicos,

para que de inmediato se ponga a contar que él también estaba presente.

Las diversas teorías cosmogónicas encuentran en el viejo Qfwfq un testimonio acaso demasiado ansioso y dispuesto en cada situación a avalar con sus recuerdos de infancia o de juventud hipótesis contradictorias cuando no francamente opuestas. Cada una de sus aventuras se cierra en sí misma: Qfwfq no es ni siquiera un personaje, es una voz, un punto de vista, un ojo (o un guiño) humano proyectado hacia la realidad de un mundo que parece cada vez más refractario a la palabra y a la imagen.

Cada «cosmicómica» encuentra su punto de partida — como decía antes— en una frase leída en un libro científico, allí donde una imagen logra cobrar forma y desarrollarse y vivir con una vida autónoma. En general se trata de libros de cosmología, de física, de genética, pero podrían nacer también de lecturas más abstractas, de matemática o de filosofía. Debo decir a este respecto que no me gusta escoger mis lecturas «en busca de inspiración», no: leo por curiosidad, en oleadas sucesivas —como ocurre a todos los que no hacen un estudio especializado y como creo también que ocurre con las lecturas no especializadas de los especialistas—, y salto a menudo de un argumento a otro. Pero mientras dura, por ejemplo, la oleada de la astronomía, leo libros de astronomía porque lo que me interesa es la astronomía, no porque piense servirme de ella en los cuentos que escribo. Los relatos aparecen por su cuenta, obedecen a una dinámica interna propia, en la cual puede suceder que se injerte la ocasión de las solicitudes exteriores.

En los últimos cuentos Qfwfq desaparece, así como desaparecen las pequeñas «introducciones científicas» que servían de «cabecera» a cada uno de los cuentos. El esquema que había seguido hasta ese momento es sustituido por un tipo de narración completamente diferente, basada esencialmente en una construcción lógica, en un razonamiento

deductivo. La experiencia de *Las cosmicómicas* está agotada: empieza otra en la que ya no habrá un punto de partida ocasional hallado en un libro científico que dé impulso al cuento, sino una lección de rigor más esencial y severo, aunque sea a través de la pantalla irónica de la paradoja. Adónde llegaré por esta vía, aún no lo sé: me gusta descubrir mi camino mientras lo recorro y en cada recodo espero una sorpresa, un paisaje diferente, y también una nueva dificultad, un nuevo obstáculo por superar.

ITALO CALVINO

# Las cosmicómicas

## La distancia de la Luna

*Hubo un tiempo, según sir George H. Darwin, en que la Luna estaba muy próxima a la Tierra. Fueron las mareas las que poco a poco la empujaron lejos: las mareas que la Luna provoca en las aguas terrestres y en las que la Tierra pierde energía lentamente.*

¡Yo lo sé! —exclamó el viejo Qfwfq—. Vosotros no podéis recordarlo pero yo sí. La teníamos siempre encima. La Luna desmesurada: cuando era plenilunio —noches claras como de día pero de una luz color mantequilla—, parecía como si nos aplastase; cuando era luna nueva rodaba por el cielo como una negra sombrilla llevada por el viento; y cuando era luna creciente se adelantaba con los cuernos tan bajos que parecía que iba a clavarse en la cresta de un promontorio y quedarse anclada allí. Pero todo el mecanismo de las fases era muy distinto al de hoy: debido a que las distancias desde el Sol eran distintas, y las órbitas, y la inclinación ya no recuerdo de qué; si hablamos de eclipses, con la Tierra y la Luna tan pegadas, los había a cada momento: imaginémosnos si aquellos dos animalotes no encontraban el modo de hacerse sombra continua y recíprocamente.

¿La órbita? Elíptica, por supuesto, elíptica: a veces nos aplastaba y a veces alzaba el vuelo. Cuando la Luna se hallaba más baja, las mareas subían hasta el punto de que nadie las podía sujetar. Había noches de luna llena baja baja y de marea alta alta que si la Luna no se bañaba en el mar



era por un pelo, digamos unos pocos metros. ¿Que si no intentamos nunca subirnos a ella? ¿Cómo no? Bastaba con ir justo debajo de ella en barca, apoyar en ella una escala de mano y subir.

El punto en que la Luna pasaba más baja era frente a los Escollos de Zinc. Íbamos en aquellas barquitas de remos que se usaban entonces, redondas y planas, de corcho. En ellas cabíamos bastantes: el capitán Vhd Vhd, su mujer, mi primo el sordo y a veces también la pequeña Xlthlx, que entonces tendría unos doce años, y yo. En aquellas noches calmísimas el agua era tan plateada que parecía mercurio, y los peces, dentro, violeta, que al no poder resistir la atracción de la Luna salían todos a flote, así como pulpos y medusas color azafrán. Siempre había un vuelo de bichos menudísimos —pequeños cangrejos, calamares y también algas ligeras y diáfanas y plantitas de coral— que se desprendían del mar y acababan en la Luna, colgando boca abajo de aquel techo color cal, o se quedaban a media altura en un enjambre fosforescente que alejábamos agitando hojas de platanero.

Nuestro trabajo era el siguiente. En la barca llevábamos una escala de mano: uno la sujetaba, otro subía hasta su extremo y, otro, en los remos, mientras tanto empujaba hasta allí, debajo de la Luna; para esto era necesario que fuésemos muchos (sólo he nombrado a los principales). El que estaba en la cima de la escala, en cuanto la barca se acercaba a la Luna, gritaba asustado: «¡Alto! ¡Alto! ¡Que me voy a dar un coscorrón!». Ésa era la impresión que daba al vérsela encima tan inmensa, tan accidentada de punzones cortantes y bordes mellados y aserrados. Ahora a lo mejor es distinto, pero entonces la Luna, o mejor su fondo, el vientre de la Luna, resumiendo, la parte que pasaba más próxima a la Tierra hasta casi deslizarse por encima de ella, estaba cubierta por una costra de esquirlas puntiagudas. Se iba asemejando al vientre de un pez, y su mismo olor, por

lo que recuerdo, era si no precisamente de pescado, apenas algo más tenue, como salmón ahumado.

En realidad, en la cima de la escala se llegaba justo a tocarla extendiendo los brazos, en equilibrio en el último pedáneo. Habíamos tomado bien las medidas (todavía no sospechábamos que se estuviera alejando); a lo único que había que estar muy atentos era a cómo se ponían las manos. Elegía una esquirra que pareciera firme (teníamos que subir todos por turno en grupos de cinco o seis), me agarraba con una mano, luego con la otra e inmediatamente notaba que la escala y la barca se escapaban debajo de mí y el movimiento de la Luna me arrancaba de la atracción terrestre. Sí, la Luna tenía una fuerza que te arrastraba, te dabas cuenta en el momento de paso entre la una y la otra: había que lanzarse hacia arriba de un salto, en una especie de cabriola, agarrarse a las esquirras, levantar las piernas, para encontrarse de pie en el fondo lunar. Visto desde la Tierra parecías como colgado cabeza abajo, pero para ti era la misma posición de siempre, y lo único extraño era, al levantar la vista, ver encima de ti el manto del mar brillante con la barca y los compañeros boca abajo que se columpiaban como un racimo en su sarmiento.

Quien en aquellos saltos exhibía un particular talento era mi primo el sordo. Sus rudas manos, apenas tocaban la superficie lunar (siempre era el primero en saltar de la escala), de repente se volvían suaves y seguras. Enseguida encontraban el punto al que agarrarse para izarse, es más, parecía que sólo con la presión de las palmas se pegase a la corteza del satélite. Incluso una vez me pareció que la Luna, mientras él extendía sus manos, viniera a su encuentro.

Igualmente hábil era en la bajada a la Tierra, operación más difícil todavía. Para nosotros, consistía en un salto hacia arriba, lo más arriba que pudiéramos, con los brazos levantados (visto desde la Luna, porque visto desde la Tierra, en cambio, era más parecido a una zambullida o a nadar en profundidad, con los brazos colgando), igual, idéntico al

salto desde la Tierra, resumiendo, sólo que ahora nos faltaba la escala porque en la Luna no había nada en qué apoyarla. Pero mi primo, en vez de tirarse con los brazos por delante, se inclinaba sobre la superficie lunar cabeza abajo como en una cabriola y empezaba a pegar saltos haciendo fuerza con las manos. Nosotros en la barca lo veíamos derecho en el aire como si sujetase el enorme balón de la Luna y lo hiciese rebotar golpeándolo con las palmas, hasta que sus piernas se ponían a tiro y conseguíamos agarrarlo por los tobillos y bajarlo a bordo.

Ahora me preguntaréis qué demonios íbamos a hacer en la Luna y yo os lo explico. Íbamos a recoger leche con una gran cuchara y un cubo. La leche lunar era muy espesa, como una especie de requesón. Se formaba en los intersticios entre esquirla y esquirla por la fermentación de distintos cuerpos y sustancias de procedencia terrestre, transportados hasta allí desde los prados y bosques y lagunas que el satélite sobrevolaba. Se componía esencialmente de jugos vegetales, renacuajos, betún, lentejas, miel de abeja, cristales de almidón, huevas de esturión, mohos, pólenes, sustancias gelatinosas, gusanos, resinas, pimienta, sales minerales y material de combustión. Bastaba con meter la cuchara bajo las esquirlas que cubrían el suelo costroso de la Luna y se retiraba repleta de aquel precioso lodo. No en estado puro, por supuesto; las escorias eran muchas: durante la fermentación (al atravesar la Luna las extensiones de aire tórrido sobre los desiertos) no todos los cuerpos se fusionaban; algunos se quedaban metidos allí: uñas y cartílagos, clavos, caballitos de mar, avellanas y tallos, cacharros rotos, cebos de pesca y, algunas veces, hasta un peine. Así pues, este puré, después de ser recolectado, necesitaba ser desnatado, y había que pasarlo por un colador. Pero lo difícil no era eso: lo difícil era cómo mandarlo a la Tierra. Se hacía así: se lanzaba hacia arriba cada cucharada, manobrando la cuchara como una catapulta, con las dos manos. El requesón volaba, y si el tiro era lo bastante fuerte iba a

aplastarse en el techo, es decir en la superficie marina. Una vez allí se quedaba a flote y recogerla desde la barca era coser y cantar. También en estos lanzamientos mi primo el sordo demostraba una particular destreza; tenía pulso y puntería; con un golpe firme conseguía lanzar su tiro en un cubo que le tendíamos desde la barca. En cambio yo, a veces fallaba; la cucharada no lograba vencer la atracción lunar y me caía en un ojo.

Todavía no os he dicho todo de las operaciones en las que mi primo sobresalía. Ese trabajo de exprimir leche lunar de las esquirlas para él era como un juego: a veces, en lugar de la cuchara bastaba con que metiera debajo de las escamas la mano o sólo un dedo. No actuaba con orden sino en puntos aislados moviéndose del uno al otro a saltos, como si quisiera gastarle bromas a la Luna, sorprenderla o incluso hacerle cosquillas. Y donde metía la mano, la leche brotaba como de las ubres de una cabra. Hasta el punto de que nosotros no teníamos más que seguirle y recoger con las cucharas la sustancia que él iba, ora aquí ora allá, haciendo rezumar; pero siempre como por casualidad, dado que los itinerarios del sordo no parecían responder a ningún claro propósito práctico. Por ejemplo, había puntos que tocaba solamente por el gusto de tocarlos: intersticios entre esquirla y esquirla, arrugas desnudas y tiernas de la pulpa lunar. A veces, mi primo las apretaba no con los dedos de la mano sino —en un movimiento bien calculado de sus saltos— con el dedo gordo del pie (subía a la Luna descalzo), y parecía que ello fuera para él el colmo de la diversión, a juzgar por el gorjeo que emitía su garganta y los nuevos saltos que daba a continuación.

El suelo de la Luna no era uniformemente escamoso sino que descubría irregulares zonas desnudas de una resbaladiza arcilla pálida. Al sordo estos espacios blandos le provocaban la fantasía de hacer cabriolas o vuelos casi como un pájaro, como si quisiera imprimirse en la pasta lunar con toda su persona. Alejándose así, en un determinado

punto lo perdíamos de vista. Sobre la Luna se extendían regiones que nunca habíamos tenido motivo o curiosidad de explorar, y era allí donde mi primo desaparecía; y yo me había hecho a la idea de que todas aquellas cabriolas y pellizcos con los que se desahogaba ante nuestros ojos no eran más que una preparación, un prelude de algo secreto que debía de ocurrir en las zonas ocultas.

De nosotros se apoderaba un especial humor frente a los Escollos de Zinc; alegre, pero algo contenido, como si dentro del cráneo sintiéramos, en lugar del cerebro, un pez que flotara atraído por la Luna. Y así navegábamos tocando y cantando. La mujer del capitán tocaba el arpa; tenía unos brazos larguísimos, plateados en aquellas noches como anguilas, y axilas oscuras y misteriosas como erizos de mar; y el sonido del arpa era tan dulce y agudo, dulce y agudo que casi no se podía soportar, y nos veíamos obligados a lanzar largos gritos, no tanto como acompañamiento de la música como para proteger nuestros oídos.

Medusas transparentes afloraban a la superficie marina, vibraban un poco y alzaban el vuelo hacia la Luna ondeando. La pequeña Xlthx se divertía cazándolas en el aire, pero no era fácil. Una vez, al extender sus bracitos para agarrar una, dio un saltito y ella también se quedó ingrávida. Flacucha como era, le faltaban algunas onzas de peso para que la gravedad la devolviera a la Tierra venciendo la atracción lunar: así, volaba entre las medusas colgada sobre el mar. Enseguida se asustó, se echó a llorar, luego se rió y más tarde se puso a jugar cazando al vuelo crustáceos y pecillos, llevándose algunos de ellos a la boca y mordisqueándolos. Nosotros bogábamos para seguirla: la Luna corría por su elipse arrastrando consigo aquel enjambre de fauna marina por el cielo y una cola de largas algas enrolladas, y la niña suspendida allí en medio. Xlthx tenía dos trencitas muy finas, que parecían volar por su cuenta en dirección a la Luna; pero mientras tanto pateaba, daba patadas con las espinillas al aire como si quisiera combatir

aquella influencia, y las medias —había perdido las sandalias en el vuelo— se le escapaban de los pies y colgaban atraídas por la fuerza terrestre. Nosotros, en la escala, intentábamos agarrarlas.

Eso de ponerse a comer los animalitos flotantes en el aire fue una buena idea; cuanto más peso ganaba Xlthlx más bajaba hacia la Tierra, es más, como entre aquellos cuerpos flotantes el suyo era el de mayor masa, moluscos, algas y plancton empezaron a gravitar sobre ella y pronto la niña quedó cubierta de minúsculas cáscaras silíceas, corazas quitinosas, caparazones y filamentos de hierbas marinas. Y cuanto más se perdía en esta maraña, más se iba liberando de la influencia lunar, hasta que llegó a ras del agua y se hundió.

Remamos listos para recogerla y socorrerla: su cuerpo se había imantado y nos costó trabajo quitarle todo lo que tenía incrustado encima. Corales tiernos le envolvían la cabeza, y del pelo a cada golpe de peine hacía llover anchoas y camarones; sus ojos estaban sellados por lapas de moluscos que se pegaban a sus párpados con sus ventosas; tentáculos de sepia se enrollaban en sus brazos y en su cuello, y su vestidito parecía tejido sólo de algas y esponjas. La liberamos de las cosas más grandes y, más tarde, durante semanas siguió quitándose de encima aletas y conchitas; pero su piel picoteada por diminutas diatomeas le quedó para siempre bajo la apariencia —para quien no la mirase bien— de un sutil polvillo de lunares.

Así de disputado era el intersticio entre Tierra y Luna por dos influjos que se equilibraban. Diré más: un cuerpo que bajaba a Tierra desde el satélite permanecía durante algún tiempo cargado de fuerza lunar y rechazaba la atracción de nuestro mundo. También yo, que era grande y grueso, cada vez que estuve allá arriba tardaba en volverme a acostumar al arriba y abajo terrestres, y mis compañeros tenían que agarrarme por los brazos y sujetarme con todas sus fuerzas colgados en racimo en la barca ondeante,

mientras yo, cabeza abajo, seguía alargando las piernas hacia el cielo.

—¡Sujétate! ¡Agárrate fuerte a nosotros! —me gritaban, y yo en este tanteo a veces acababa agarrando un pecho de la señora Vhd Vhd, que los tenía redondos y duros, y su contacto era bueno y seguro, ejercía una atracción igual o mayor que la de la Luna, especialmente si en mi caída cabeza abajo conseguía con el otro brazo ceñir sus caderas, y así de nuevo ya había pasado a este mundo y caía de golpe en el fondo de la barca, y el capitán Vhd Vhd, para reanimarme, me echaba un cubo de agua.

Así comenzó la historia de mi enamoramiento por la mujer del capitán, y de mis sufrimientos. Porque no tardé en darme cuenta de a quién se dirigían las miradas más obstinadas de la señora: cuando las manos de mi primo se posaban seguras en el satélite, yo la miraba a ella y en su mirada leía los pensamientos que aquella confianza entre el sordo y la Luna le iba suscitando, y cuando él desaparecía en sus misteriosas exploraciones lunares, la veía inquieta, como sobre ascuas, y ya todo me quedaba claro; la señora Vhd Vhd estaba celosa de la Luna y yo celoso de mi primo. La señora Vhd Vhd tenía ojos de diamante; llameaban cuando miraba la Luna como en un desafío, como si dijera: «No lo tendrás». Y yo me sentía excluido.

De todo esto, el que menos se daba por enterado era el sordo. Cuando lo ayudábamos en su descenso tirándole — como ya os he explicado— de las piernas, la señora Vhd Vhd perdía toda compostura prodigándose en hacerle pensar encima su persona, envolviéndolo con sus largos brazos de plata; yo sentía una punzada en el corazón (las veces en que yo me agarraba a ella, su cuerpo era dócil y amable, pero no echado hacia delante como con mi primo), mientras él permanecía indiferente, todavía perdido en su rapto lunar.

Yo miraba al capitán preguntándome si él también habría notado el comportamiento de su mujer; pero ninguna